

2

El abogado del diablo

Daniel Cortázar Frías

ACCÉSIT

Estás nervioso. Sentado en su sofá miras su cenicero: no hay colillas. Fumar un cigarro te tranquilizaría, pero no puedes hacerlo, sería peligroso. La casa tiene un olor a ambientador barato que no quieres contaminar. Eso delataría tu presencia. Debes contentarte jugando a hacer malabares con el cigarro. Te resulta difícil, nunca antes habías sujetado uno con guantes, y la penumbra hace que a duras penas puedas verlo. Se te cae al suelo. Sientes miedo, no puedes permitirte perderlo. Cuando salgas de allí no debes dejar nada que pueda ser relacionado contigo. Tienes que encontrarlo antes de que él llegue, pero necesitas más luz. Hay una lámpara junto al sofá, pero no la enciendes. Te levantas para acercarte a la ventana que tienes enfrente, pero lo haces pegado a la pared. Así nadie podrá ver tu silueta desde el exterior. Retiras un poco la cortina para dejar entrar algo de luz. Tus ojos tardan unos segundos en acostumbrarse al cambio, pero consigues localizar el cigarrillo. Antes de cerrar la cortina, sientes la tentación de mirar por la ventana. Podrías verle llegar. Pero no lo haces, no quieres correr riesgos inútiles, él también podría verte a ti. Guardas el cigarro y te sientas en el sofá a esperarle. El miedo no te ha abandonado. Tienes miedo a otras posibles complicaciones, miedo a no tener el valor necesario, miedo a su mirada cuando llegue el momento. El miedo desaparece cuando oyes la llave entrando en la cerradura. Te escondes detrás de la puerta del salón. Apoyado contra la pared escuchas cómo Martín cierra la puerta. Pensabas que el salón sería el primer lugar al que iría, por eso cuando oyes que entra en el baño, el miedo reaparece. Hace que reconsideres el plan que tan claramente habías trazado, ¿sería preferible tratar de sorprenderle allí? Un hombre con los pantalones bajados debería ser, por lo menos, la mitad de peligroso. Agarras el pomo de la puerta un instante, pero no te atreves a salir de tu escondite. Te quedas entre la puerta y la pared, mirándote los pies. Desde tu posición a penas puedes ver nada, solamente parte de la ventana. Decides guiarte por tu oído para elegir el momento preciso, y oyes la cisterna del baño, seguida de unos pasos. Se acerca al salón, pero pasa de largo. Instintivamente sujetas el pomo con la mano derecha, más tarde, cuando escuchas cómo desde la cocina abre la nevera, prefieres cambiar de mano para tener esa libre. Esta vez fijas la mirada en los pequeños destellos que hacen perceptible tu guante en la oscuridad. Después, silencio. Te concentras, tratando de visualizar la cocina, como si así pudieras oír mejor, y lo que oyes te inquieta. Está marcando un número de teléfono con el móvil. Si antes no te habías atrevido a salir,

ahora no lo vas a hacer. Empieza a hablar. Escuchas claramente la palabra “guapa”, probablemente sea su novia. Sabías que no estaba casado, que no tenía hijos, pero no sabías que tenía pareja. Sale de la cocina, se acerca al salón. Ahora puedes oírle perfectamente. Cruza la puerta tras la que estás escondido y enciende la luz del salón. Puedes ver cómo se acerca a la ventana. Mientras habla desliza una mano entre la cortina para poder mirar hacia la calle. Tienes miedo de que abra la cortina por completo. Alguien podría verte desde el exterior, pero no puedes salir todavía. Está hablando por teléfono, podría pedir ayuda. Encoges tu cuerpo lo máximo posible y empiezas a cerrar un poco más la puerta. Antes de perderle de vista ves cómo se aleja de la ventana sin abrir la cortina. Has tenido suerte. Escuchas cómo queda en un restaurante a las diez de la noche. Miras tu reloj, a penas son las ocho. No es ningún problema, dentro de cinco minutos estará muerto, y tú llegarás a casa una hora antes de que nadie le eche en falta. Esperas a que cuelgue el teléfono. Antes de hacerlo oyes cómo se sienta en el sofá y enciende la televisión. Su volumen no te deja oír cómo se despide, por lo que decides esperar casi un minuto más hasta estar seguro de que ya no habla con nadie. Empuñas la pistola y desplazas la puerta. Le ves. Está bostezando con los ojos cerrados. No puede verte. Le llamas de la misma manera que lo hacen sus amigos: “Martín”. Te mira asustado. Primero a tus ojos, después a la pistola, y otra vez a los ojos. Pensabas que trataría de engañarte y no te equivocaste: “No las he revelado todavía”. Le respondes sin hablar, con un gesto: metes la mano en el bolsillo de tu chaqueta y sacas los recortes de una foto que has encontrado en su basura. Cuando los reconoce se levanta. Trata de justificarse, pero no le vas a dejar ponerse a tu altura. Le señalas el sofá con la pistola y le invitás a sentarse. Te hace caso. Das un paso hacia él: “Dame las fotos y los negativos y no te haré nada”. Empieza a responderte antes de que acabes: “Cógelos si quieres, están debajo del colchón de mi cama”. Sonríes, podrías haberlo descubierto antes de que él llegara, pero ya habías tomado la decisión. Si te quedaba alguna duda, desapareció después de que encontraras esos recortes. Todo lo que tuviera relación con aquello debía desaparecer, y eso le incluía a él. Coges el mando de la televisión y empiezas a subir el volumen. Martín te suplica: “Por favor, no diré nada”. Trata de explicarte algo, pero no consigue decir nada coherente. No quieres mirarle a los ojos, pero lo haces. Disparas. Cae en el sofá. Ves la sangre saliendo de su abdomen. Piensas en disparar otra vez, pero tienes miedo a ser descubierto.

Parece que está muerto. No hace falta. Apagas la televisión y te diriges a su habitación. Encuentras debajo del colchón lo que buscabas y lo guardas en un bolsillo de tu chaqueta. Miras tu reloj, a penas han pasado cinco minutos desde la última vez que lo hiciste. Ahora debes desordenar la casa y sacar la caja fuerte de su armario. Empiezas a abrir cajones y a tirar lo que contienen sobre la cama. Ves caer un sobre. Si fueses un ladrón mirarías lo que contiene. Lo haces y descubres que hay aproximadamente mil euros. Te los guardas mientras echas un vistazo a la habitación. Ya es suficiente. Abres el armario donde sabes que está la caja fuerte. Quitas la balda que se encuentra encima de ella para poder agarrarla mejor. Pesa mucho, pero poco a poco consigues sacarla. Ya es suficiente. ¿Qué ha sido eso? Te parece oír algo. Empuñas fuertemente el arma y entras en el salón. Martín sigue en la misma posición, pero el charco de sangre es más grande. Te acercas poco a poco hasta poder tocarle el cuello. Con los guantes no puedes sentir su pulso. Piensas en quitártelos, pero no te atreves. Le miras un instante. No parece respirar. Tiene los ojos abiertos, pero no te está mirando. No mira a ninguna parte, no puede. Aún así, vuelves a estirar el brazo para cerrárselos, pero antes de hacerlo, un escalofrío te recorre al imaginar que podrían moverse para mirarte como lo hicieron antes de que le dispararas. Fijas la mirada en su frente y le cierras los párpados. Su abdomen ya no sangra, y tiene la piel más pálida. Debes seguir haciendo lo que tenías planeado. Guardas el arma y empiezas a buscar en sus bolsillos su cartera. Te asustas cuando empieza a sonar el teléfono. Martín se mueve. Tratas de separarte de él. Tropiezas con sus piernas y caes sobre la mesa que hay junto al sofá. El teléfono cae al suelo. Sacas el arma y apuntas a Martín. Piensas en dispararle, pero no lo haces. No se mueve. Recoges el teléfono del suelo. Aterrorizado oyes por su auricular cómo un hombre exclama: “¿Quién es?”. Cuando vas colgarlo piensas que si lo haces volverán a llamar. No quieres levantar sospechas, así que te acercas el auricular al oído:

—¿Quién es?—preguntan.

—¿Quién es?—Respondes.

—¡Eso te lo he preguntado yo antes, hombre! ¿Con quién estoy hablando?

—Lo siento, Martín no puede ponerse ahora.

—Que no te he pedido que se ponga Martín..., te estoy preguntando quién eres.

—Creo que se ha confundido de número.

—No, seguro que no me he confundido, es el 915765777 y esa casa es el primero derecha del número veintisiete...

—Sí, sí. Es la casa de Martín, pero le estoy diciendo que no se puede poner ahora.

—Dime al menos dónde está Martín y quién eres para quedarme tranquilo.

Piensas en colgar, pero te acabas inventando un nombre para salir del paso.

—Soy Juan, un amigo de Martín. Le estoy esperando. Él se está duchando.

—¿Ves como no era tan difícil? Ya me dejas más tranquilo. Ahora hazme el favor de llevarle el teléfono a Martín.

—No..., no puedo hacer eso. Si quieres que le de algún recado...

—Juan, no es por ofender, pero no tengo por qué fiarme de ti. Por favor, llévale el teléfono a Martín. Necesito hablar con él. No puedo decirte más.

—Llama más tarde por favor...

—Mira que si me cuelgas lo vas a lamentar...

—Es que me están llamando al móvil, tengo que colgarte.

—Pues llévale el teléfono a Martín y podrás coger el móvil. ¿De veras se está duchando?

—Esto ya no me hace gracia. Voy a colgarte.

—Te repito que si lo haces te vas a arrepentir...—Cuelgas el teléfono. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué has respondido? Su voz no te resultaba familiar, y él no parecía conocerte, no puede saber quién eres. No puede saber qué es lo que acaba de pasar. Entonces, ¿por qué ibas a tener que

arrepentirte si colgabas? Quizás..., han oído el disparo, quizás sea un vecino. No puedes arriesgarte, debes salir de allí cuanto antes. Recoges del suelo el casquillo de la única bala que has disparado. Miras a Martín y crees verle respirar, ¿sus ojos se mueven bajo sus párpados? No hay tiempo, tienes que salir de allí cuanto antes. Llegas a la entrada de la casa y te acercas a la puerta para escuchar. Oyes rechinar la madera de la escalera, alguien está subiendo. Pegas la oreja fuertemente a la madera, parece que pasa de largo. El teléfono empieza a sonar de nuevo. Decides esperar unos segundos para que nadie pueda verte salir. El teléfono sigue sonando. Abres la puerta, no hay nadie en el pasillo, la cierras cuidadosamente. En tu bolsillo todavía tienes la llave con la que has entrado en el piso. Podrías echar el pasador pero eso no va a impedir que lo descubran. Es preferible salir cuanto antes de allí. Bajas las escaleras mientras te quitas los guantes, no hace tanto frío como para llevarlos. Pueden ser sospechosos. Los guardas en un bolsillo. Estás llegando al final de la escalera, pronto habrás escapado. Alguien abre la puerta del portal, puedes ver aparecer primero una mochila. Te agachas dando la espalda y deshaces el nudo de tu zapato derecho. Una mujer y un niño hablan, se están acercando. La mujer se detiene a un metro escaso de ti y te saluda. Acabas de rehacer el nudo y la miras, está recogiendo la correspondencia del buzón, no te está mirando. Rápidamente te incorporas para marcharte sin que pueda ver tu rostro, pero al pasar a su lado ves cómo el niño clava su mirada sobre ti. Sigues adelante, apenas ha podido verte un segundo, sólo es un niño. Sales del edificio y sigues caminando. ¿Por qué todos te miran? ¡Igual tienes sangre en la ropa! Te detienes junto a un portal y examinas los pantalones, la chaqueta y la camisa. Todo está inmaculado, incluso los zapatos. Entrás en el metro, tienes suerte y no sólo te da tiempo a coger el tren, que parece esperarte en el andén, sino que además consigues sentarte. Sacas del bolsillo de tu pantalón la llave del piso de Martín. Debes deshacerte de ella hoy mismo. Tenías pensado tirarla por una alcantarilla, ¿pero dónde? Te bajas un par de paradas antes de lo que tenías previsto y vas a un callejón que conoces. La llave desaparece por la rejilla. No crees que nadie te haya visto. Ahora debes destruir las fotos y los negativos. Decides ir andando hasta tu casa, te llevará unos veinte minutos. Mientras caminas descubres que ya no sientes ser el centro de atención. Te habías dejado llevar por el pánico. Esa maldita llamada te había vuelto loco. Martín no respiraba. Le habías disparado

a menos de dos metros, tenía que estar muerto. Nadie te mira ya, no eres más que un hombre andando por la calle. Como cualquier otra persona. Cuando estás llegando a tu casa sientes miedo, ¿y si te están esperando allí? Aún llevas la pistola y las fotos encima. Miras tu reloj, son las nueve. Es absurdo, todavía no han podido encontrarle. Entrás en el edificio primero y en tu casa después. Todo parece normal, pero por un momento te sientes desorientado. Tu piso se parece al de Martín. Pero no es su casa, es la tuya, son tus cuadros los que están colgados en el pasillo. Él no tenía cuadros, sólo posters de películas. Necesitas beber agua, tienes la garganta seca. Mientras vas a la cocina recuerdas que eso es lo mismo que hizo Martín al entrar en su casa. Pero no es verdad, fue antes al baño. Abres la nevera, coges una botella de agua y empiezas a beber. Vuelves a centrar tus pensamientos en las fotos, lo mejor será quemarlas en la bañera. Pero antes de hacerlo, sientes la necesidad de inspeccionar el resto de la casa para asegurarte de que estás solo. Primero miras en tu habitación. Vacía. Pero... ¿habías dejado así la cama? Sí, puede ser. Te acercas al salón. La puerta está abierta. Te asustas y sacas la pistola. Las cortinas están echadas. Cuando entraste en casa de Martín, lo primero que hiciste fue cerrarlas para que nadie pudiera verte desde el exterior. Si hay alguien no te va a sorprender. Te diriges hacia la ventana. Cuando llegas, abres rápidamente la cortina. No hay nadie. Puedes ver la calle, y en el cristal de la ventana tu reflejo y el de la pistola. ¿Pero qué haces!? ¡Alguien podría ver el arma! Corres de nuevo la cortina. Tan sólo han sido dos segundos. La pistola empieza a temblar. No, es tu mano. Piensas en guardarla, pero no has mirado detrás de la puerta. Alguien podría esconderse ahí. No, eso es... ¡Tranquilízate! No hay nadie en tu casa, guarda el arma. Ahora ya puedes mirar tras la puerta, si quieres. Sujetas su pomo fuertemente, pero antes de moverlo sientes auténtico pánico. Quieres sacar el arma, pero acabas tirando del pomo hacia ti. No hay nadie. ¿Pero qué te está pasando? ¿Acaso te estás volviendo loco? Debes tranquilizarte. La culpa de todo la tiene esa maldita llamada. Desde entonces nada tiene sentido. ¿Y si la imaginaste? ¿Por qué si no ibas a haber respondido? Ya no tienes nada que temer, nadie va a llamarte ahora, estás en tu casa. Sólo tienes que quemar las fotos y esperar a que todo se olvide. Vas al baño y tiras al suelo todo lo que tienes en los bolsillos. Habías olvidado que te llevaste mil euros de la casa de Martín. Metes todo en la bañera y buscas tu mechero en el bolsillo

derecho del pantalón. Recuerdas que ahora ya puedes fumar. Te enciendes un cigarro y coges las fotos para quemarlas. Has decidido hacerlo de una en una para no crear mucho humo. No quieres verlas, así que las extiendes boca abajo y coges la primera. Prende rápido, pero el olor es bastante desagradable. Abres el agua caliente para tratar de neutralizarlo con el vapor. Es un proceso lento. Tienes miedo de caer en la tentación de mirar alguna de las fotos, pero consigues no hacerlo. Sientes que todo ha valido la pena. Ahora has borrado toda huella de aquello. Es como si nunca hubiera sucedido. Quedan los mil euros. Deberías quemarlos también. Pero es sólo dinero, ¿cómo iban a poder relacionarlo con Martín? No, esto no lo has hecho por dinero. No le has matado por haberte chantajado, si hubiese sido así, hubiera bastado con llevarte las fotos. No. Era necesario matarlo, no podías dejar que nadie más lo supiera. Se lo merecía. Quemar los billetes uno a uno te llevaría demasiado tiempo. Quieres acabar cuanto antes para poder olvidar. Los llevas a la cocina, los cortas en pequeños trozos y los tiras a la basura junto con los restos de las fotografías. Son casi las diez, la novia de Martín quizás esté ya esperándole. Bajas a la calle para tirar la basura en el contenedor. Ya está casi acabado, no quedan pruebas. Sólo la pistola, que te está esperando en el sofá del salón. ¿Deberías deshacerte de ella hoy? Vuelves a casa y entras en el salón. Junto a la pistola observas algo que habías olvidado: el casquillo de la bala que disparaste hace ya casi dos horas. ¿Cómo se te ha podido olvidar? Tienes que deshacerte de él también. No. No hace falta hacerlo ahora, no seas cobarde. Tienes hambre. El casquillo puede esperar, los basureros no pasarán hasta dentro de tres horas. ¿Por qué no cenas algo primero y lo tiras junto con las sobras? Calientas algo de comida en una sartén. Eso te tranquiliza. Siempre te ha gustado cocinar. Intentas comer pero no puedes. Sigues sintiendo sed. Abres un tetrabrick de leche y bebes sin parar hasta casi acabarlo. Vas al salón a coger el casquillo, pero no está. Miras entre los cojines del sofá pero tampoco lo encuentras. No puede ser, la pistola sí está ahí. Recuerdas que todavía no has mirado en la habitación de invitados. Sientes miedo. Pero... ¿por qué alguien iba a coger el casquillo y no la pistola? No es lógico. Quizás lo hayas dejado en la cocina. Coges la pistola, pero no te sientes cómodo con la chaqueta. Quítatela. Cuando la tiras en el sofá oyes algo. El casquillo estaba en uno de los bolsillos. Si no estuvieras tan nervioso te reirías. Lo recoges, dejas la pistola y vas a la cocina. Tiras toda la

comida en una bolsa diferente a la que utilizaste la primera vez, te bebes la poca leche que queda en el tetrabrick y tiras el casquillo dentro. Cuando lo oyes caer te das cuenta de que ahora ya no llevas los guantes. Lo has tocado con tus manos desnudas. Rompes el tetrabrick. Limpias el casquillo y lo tiras junto a la comida. Un momento. Tampoco llevabas los guantes cuando tiraste la otra bolsa. ¡Cómo has podido ser tan estúpido! Vuelves a ponerte los guantes, vuelcas todo el contenido de la bolsa en otra y bajas a la calle. Quizás sea mejor tirar esta en otro contenedor. Andas unos cuantos metros hasta llegar a otro y tiras allí la bolsa. Cuando estás cerrando la tapa del contenedor ves al hijo de tu vecino salir del portal. Te saluda y camina hacia ti. Empiezas a andar de vuelta hacia casa. Antes de cruzaros te pregunta. “Qué, ¿otra vez nos han llenado el contenedor de escombros?”. Tratas de salir del paso: “Eh? No, no... Me apetecía andar solo es eso...”. Se despide de ti con la mano, tú lo haces diciéndole: “Adiós”. ¿Cómo has podido ser tan estúpido? ¿Qué importa que las bolsas tengan tus huellas? Los basureros las recogerán dentro de un par de horas. Además, ¿por qué tenías que ir al otro contenedor? Cuando recojan la basura van a ir a parar al mismo camión. Ahora en cambio has conseguido que te hayan visto tirando la basura con guantes, y apenas hace frío. Eso sí que es extraño. Subes rápidamente a tu casa. Cuando entras puedes ver la puerta de la habitación de invitados, pero no vas a mirar dentro. No tiene sentido hacerlo, tiene que estar vacía, debes tranquilizarte. Lo importante era deshacerte de las pruebas y lo has hecho. Dentro de un par de horas habrán desaparecido. Y tu vecino..., probablemente ni se haya fijado en los guantes, y si lo hubiera hecho... ¿Qué probaría eso? Nada, no demuestra nada. Ya sólo queda la pistola. Pero es mejor no precipitarse, no piensas con claridad. Todavía puedes necesitarla. Lo que debes hacer es escuchar las noticias, quizás digan algo. Ya es tarde para ver los telediarios, pero puedes escuchar la radio. Cuando logras sintonizar una cadena de noticias te acuerdas de tu padre. Él siempre está oyendo las noticias. Te pones nervioso al pensar que los dos podéis oír la noticia al mismo tiempo, pero sigues escuchando. No tiene por qué saber nunca lo que has hecho. Sólo tú. Tú y Martín. Pero él está muerto. No puede decírselo a nadie. A no ser que..., que no hubiera muerto todavía cuando te fuiste. ¿No te pareció ver moverse sus ojos bajo los párpados? Pudo escribir una nota con tu nombre. ¿Y si alguien le ha encontrado con vida? Ahora mismo pueden estar

atendiéndole en un hospital. Puede estar vivo. Puede contarlo todo. No. Si hubiese ocurrido así ya habrían dado la noticia, llevas ya un buen rato escuchando y no han dicho nada. Martín tiene que estar muerto. Aunque no le matara la bala, tuvo que morir desangrado. Cuando te fuiste estaba totalmente pálido, y hasta las diez su novia no le iba a echar de menos. Pero la llamada... Si llamaron a la policía... No, esa llamada no pudo ser real. Eso crees. No, estás seguro. Martín está muerto, pero todavía no le han encontrado. Por eso no han dado la noticia. Pero cuando lo hagan... Podrían encontrar la nota con tu nombre. Debes ir a su casa y hacerte con ella. ¡Pero has tirado la llave! Aunque... No, basta, eso es absurdo. No debes volver nunca. Si te encuentran allí se acabó todo para ti. No vas a ponérselo tan fácil. Cuando recojan la basura las pruebas desaparecerán. Sólo quedará la pistola. Quizás deberías enterrarla en el parque. De madrugada nadie va por allí. Nadie te vería. No. No debes hacerlo hasta que no hayan dado la noticia. Quizás todavía la necesites. Podrías necesitarla... Respira hondo. Debes tranquilizarte. Apagas la radio. Si todavía no han dado la noticia, hasta mañana no lo harán. Deberías tratar de descansar. ¿Dónde podrías esconder la pistola? Tienes una idea que te hace reír: podrías esconderla debajo del colchón. No es un buen sitio, pero tampoco se te ocurre ninguno mejor. Como estarás tumbado encima, nadie podrá cogerla sin despertarte. Antes de entrar en tu habitación ves la puerta cerrada de la habitación de invitados, tienes la tentación de mirar dentro. No lo haces. Escondes la pistola debajo del colchón y te tumbas en la cama sin quitarte la ropa. Miras el reloj. Pronto pasarán los barrenderos. ¿Quizás deberías ir a vigilar? No, si acaso cuando oigas llegar al camión. Tratas de dejar de pensar en lo sucedido, pero sólo lo consigues a medias. Imaginas cómo será físicamente la novia de Martín. No crees haber visto ninguna foto en su casa. ¿Qué clase de persona no tiene fotos ni siquiera de sus padres? ¿Al lado del teléfono no había una foto? No, no tienes que pensar en la llamada. No debes seguir martirizándote así. Te levantas de la cama para ir a ver la llegada de los basureros. Cuando pasas junto a la habitación de invitados decides mirar dentro. Tarde o temprano lo ibas a hacer, cuanto antes lo hagas antes podrás olvidarlo. Se encuentra exactamente como la dejaste. Eso te tranquiliza. Oyes algo: un camión. Corres hasta la ventana. Son los basureros, están recogiendo la basura del contenedor donde tiraste el casquillo. Desde que te deshiciste de la llave no habías conseguido sentirte tan bien.

Todo se está arreglando. Cuando acaban con ese contenedor van a por el siguiente, y en menos de un minuto, desaparecen. Se han llevado las pruebas, ahora podrás dormir en paz. ¿Aunque igual deberías bajar a asegurarte? ¡No, claro que no! ¿Por qué no llamas directamente a la policía? Vuelves a traicionarte. Debes olvidarlo todo hasta mañana. Cuando te levantes ya escucharás la radio para ver si hay alguna noticia. Hasta entonces no puedes hacer nada. Hoy no vas a poder dormir. No es la primera vez que te pasa. Las noches anteriores a un examen importante nunca lo conseguías. Ayer tampoco lo conseguiste. No podías dejar de repasar el plan una y otra vez. Fue entonces cuando decidiste acabar con Martín. No bastaba con recuperar las fotos, él seguiría sabiéndolo. Será mejor mantener la mente ocupada para no hacer ninguna otra estupidez. Enciendes el ordenador. Abres el explorador de Internet y tecleas “disparo herida” en el buscador. Lo que lees te tranquiliza: disparando a menos de dos metros debería estar muerto. Y si no fuera así, el tiempo que tardaste en irte de su casa sería más que suficiente para que se desangrase por completo. Sigues leyendo sin parar, no puedes estar seguro, hay muchos factores que entran en juego: trayectoria del proyectil, órganos afectados, constitución física... Pasas la noche delante de la pantalla, pero la duda no desaparece. Te da igual, sólo quieres que pase el tiempo hasta que salga el sol. Cuando den la noticia ya pensarás qué hacer. Hasta entonces no tienes nada que temer, estás seguro, solo en tu casa, con la pistola debajo del colchón. Cuando digan que Martín está muerto, sólo tendrás que librarte de ella para poder olvidarlo todo. Ya nada te hará recordar aquello. El tiempo pasa rápidamente, amanecerá dentro de poco. El bar de la plaza igual está abierto ya. Piensas en bajar a tomar algo. ¿Por qué no? Un café. Eres igual que cualquier otra persona. Empieza un nuevo día y ya nadie puede relacionarte con aquel que mató a Martín, eres otra persona, ya no tienes por qué seguir teniendo sus miedos. Vas al baño para lavarte la cara, echas un vistazo a la bañera. Queda algún resto de ceniza. Lo haces desaparecer con un poco de agua, todo está limpio ya. Te miras en el espejo. Estás cansado. Tienes mal aspecto. El agua te refresca, te agrada mojarle la nuca. Después de peinarte, tu rostro cambia, no es diferente al de cualquier persona. Cuando oigas la noticia podrás darte una ducha y dormir un poco. Sales de tu edificio y vas a la plaza. Está amaneciendo y en el bar sólo hay dos personas desayunando, dos hombres. Te parece que tienen peor aspecto que tú. Pides un café

descafeinado. El camarero te lo sirve amablemente, la música es agradable y te hace sentir bien. El café es bueno, te gusta su sabor. Tienes hambre y decides pedir un croissant. Hacía mucho que no desayunabas así. Untas el croissant en el café como cuando eras un niño. La canción que sonaba se ha acabado, empiezan las noticias. Te pones nervioso. No quieres oír la noticia en público, podrías traicionarte. Sacas dinero de tu cartera, es más que suficiente para pagar el desayuno. Lo dejas en la mesa. En la radio empiezan a hablar de un asesinato que ocurrió ayer en la ciudad. Sales del bar mientras el camarero te llama para darte las vueltas. No le respondes. Tienes que llegar a casa para escuchar la noticia completa, pero una palabra todavía resuena en tu cabeza: “asesinato”. Martín está muerto, no hay duda. Si durante la noche no te han arrestado, eso significa que no pudo dejar ninguna nota, nadie sabe que estuviste allí, no has dejado ninguna huella. Llegas al portal y ves el contenedor, echas un vistazo dentro, está vacío. Todo ha salido como tenías planeado. Mientras subes las escaleras te encuentras con tu vecino, os saludáis como cualquier otro día. Entrás en casa. Tu teléfono móvil está sonando. No tienes tiempo, lo dejas sonar y enciendes la radio. La cadena de noticias ya está sintonizada. Hablan sobre unos atentados en oriente medio y cómo es posible que influyan en el precio del petróleo. Lo que hiciste ayer no le importará a nadie. Te sientes mejor, la gente tiene otras cosas de las que preocuparse. Cuando el teléfono deja de sonar recuerdas para qué habías encendido la radio, necesitas oír la noticia, necesitas oír que César Martín Gómez, de 32 de años, ha sido encontrado asesinado en su casa y que se desconoce el culpable. Cambias de dial, buscando otras emisoras. Encuentras una, parece que hablan sobre ello: “...cerca de las once y media de la noche fue encontrado el cadáver de...”. El teléfono vuelve a sonar mientras dicen el nombre de tu víctima. “...cuando la policía científica buscaba pruebas físicas en el piso...”. El teléfono sigue sonando. Te pone nervioso. Por un instante piensas apagarlo, pero tienes que seguir escuchando: “...afortunadamente la policía cuenta con la grabación de la voz del principal sospechoso...”. ¿iQué ha dicho!? ¡No puede ser! ¿De qué están hablando? “...fue registrada mediante una llamada del conocido concurso de humor radiofónico: El abogado del...” ¡No puede ser! ¡Esa llamada no existió! Te desesperas. ¿Por qué tuviste que responder? El teléfono deja de sonar. “...la reproduciremos a continuación. Las autoridades piden que toda persona que

reconozca...”. ¡Tienes que escapar! Todavía es pronto. ¿Quién escucha la radio a estas horas? Tu vecino te ha saludado amistosamente, él no sabía nada. Miras en tu cartera, tienes dinero, pero no el suficiente para un billete de avión, tendrías que sacar más. Puedes oír tu voz en la radio: “Lo siento, Martín no puede ponerse ahora”. Sacas una mochila del armario y empiezas a meter algo de ropa dentro. Te acuerdas de la pistola. Mientras levantas el colchón puedes oír la voz de ese hombre: “Dime quién eres al menos para quedarme tranquilo”. También puedes oír risas y otras voces: “Nada, que te ha salido tímido”. Coges el arma. Quisieras poder matar a ese hombre, pero sólo puedes oír su voz: “Por favor, llévale el teléfono a Martín”. Podías no haberlo matado, te dijo dónde guardaba las fotos. El teléfono vuelve a sonar, tiras el arma en la cama. En la pantalla del móvil aparecen dos palabras: “papá móvil”. Por primera vez en mucho tiempo dejas de pensar en ti, y empiezas a llorar como un niño mientras en la radio sigues escuchando la voz de ese hombre: “llévale el teléfono a Martín y podrás coger el móvil”. No podrás explicárselo sin hablarles de aquello, y eso nunca deben saberlo. Por eso mataste a Martín. Hiciste bien en matarle, no importa lo que te pueda pasar a ti, pero nadie debe saber lo que pasó aquel día. No puedes dejar de llorar mientras el teléfono suena y lees en su pantalla iluminada: “papá móvil”. Ellos no creerán a nadie mientras no hablen antes contigo. Si los matas no tienen por qué descubrirlo. No. Eso no podrás hacerlo nunca, sería más fácil suicidarte. Así podrías solucionarlo todo, pero tienes miedo. Miras la pistola y tienes miedo. Te tiembla la mano, no puedes cogerla. En la radio te hablan a ti: “si esta es tu voz no dudes en llamar a la policía” y a quien te conozca: “si conoce a esta persona póngase en contacto cuanto antes con la policía”. Decides apagar la radio. Necesitas silencio para poder pensar. Si el teléfono también dejara de sonar... No te atreves a contestar, pero tampoco quieres apagarlo, tu padre podría dar crédito a esa noticia. Pero ellos no tienen pruebas, esa voz no es una prueba, podría ser de otra persona, podría estar manipulado. Alguien pudo obligarte a coger el teléfono, ¿por qué si no ibas a hacerlo después de matar a una persona? Nadie te vio en el edificio. Sólo ese niño... No pueden condenarte por el testimonio de un niño. Ellos no... No tenías ningún motivo para asesinarlo. Nadie más conoce ya aquello. Si no hablas, nadie lo sabrá. Si cuando te pregunten no hablas... Si te cortaras la lengua nadie podría... No, eso no te salvaría, te obligarían a escribir una confesión.

Ellos pueden hacerlo. Pero si consiguieras aguantar... No les has dejado pruebas, lo has quemado todo. A no ser... ¡La caja fuerte! ¿Por qué no le escuchaste? Trató de decirte algo antes de que le dispararas. Estás acabado. Puedes ver las fotos dentro de la caja. Algo cae en la pantalla del móvil, una lágrima. Todo el mundo lo sabrá, tus padres lo sabrán. Quizás hubiera bastado con pagarle... El teléfono deja de sonar. Tiene que haber una solución. Aún estás a tiempo. Concéntrate. Este silencio es lo que necesitas. Ahora podrás pensar. Consigues dejar de llorar. Secas tus lágrimas. La habitación parece más grande ahora. Hay una mochila con ropa, un móvil en una mesa, también hay una pistola cargada sobre la cama. Y tú estás sentado junto a ella. ¿Qué vas a hacer?